

INTRODUCCIÓN

El pluralismo moral, estético, y religioso se ha convertido en una fuente de desacuerdo y fricción en el mundo moderno. Dentro del contexto de la modernidad y precipitado por las revoluciones americana y francesa, la democracia liberal ha buscado organizar la vida social y política de las sociedades en las cuales sus habitantes sostienen diferentes, distantes y, a veces, contradictorias concepciones de la vida buena. Los principios seculares han sido el marco utilizado para proteger valores fundamentales como la libertad, la igualdad, y el respeto mutuo. En miras a preservar la estabilidad de una sociedad plural, el liberalismo insiste en que las convicciones morales y religiosas deben permanecer como un asunto privado. La democracia y la tolerancia, se ha argumentado, estarían mejor preservadas si las convicciones religiosas fueran removidas de la conversación público-política. Con todo, el debate acerca de la apropiada relación entre religión y política aparece regularmente en la reflexión de filósofos políticos y morales, teóricos sociales y teólogos.

Esta tendencia liberal moderna, que empuja los esquemas comprensivos y las visiones sustantivas de la vida hacia el ámbito de lo privado, representa un dilema mayor para la fe cristiana. Hoy, especialmente después del Concilio Vaticano II, la mayoría de los cristianos no dudaría en aceptar e impulsar algunos de los principios liberales más importantes, como la separación Iglesia/Estado, la libertad, la igualdad, y la tolerancia. Sin embargo, aquellos que sostienen la fe cristiana están al mismo tiempo conscientes de que algunas de las convicciones que exhiben están destinadas a tener mayores implicaciones políticas. Mientras los promotores del liberalismo secular buscan desalentar a los ciudadanos de traer sus convicciones religiosas al discurso político, los creyentes piensan que ellos debieran ser públicamente oídos en sus propios términos. Agudos asuntos políticos, sociales y éticos como el estatuto moral del embrión, el aborto, el fin de la vida y la justa distribución de los bienes necesarios para la vida muestran cómo las convicciones religiosas de hecho juegan un rol mayor en la conversación pública al nivel de la sociedad civil.

¿Pueden las convicciones religiosas modificar y ser modificadas por el discurso político? ¿Cómo entra la religión en el debate político? ¿Cómo pueden las razones religiosas convertirse en argumentos políticos? Dado el hecho de que los creyentes entran en la vida pública usando sus propias razones, informadas por sus convicciones simbólicas, religiosas y humanistas, la discusión pública sería más democrática si los ciudadanos hicieran públicas sus propias convicciones.

Cada vez que los seres humanos se aproximan a un diálogo están ya expresando un cierto conjunto de convicciones comprensivas que informan sus concepciones políticas. Los ciudadanos están dispuestos a negociar algunas de sus creencias de modo de proteger la libertad y el respeto mutuo, pero ¿qué sucede cuando esta negociación alcanza la identidad fundamental de un individuo? ¿Están los ciudadanos dispuestos a renunciar a aquel pedazo de su identidad que pertenece a la definición misma de quiénes son? Si realmente queremos construir un pluralismo estable, tenemos que ser capaces de traer la descripción completa de quienes somos a la vida

pública. El pluralismo debiera construirse sobre la base de un diálogo en el cual nuestros horizontes de significado se encuentren y se permeen unos a otros, porque es en este encuentro con otros donde nuestra identidad se hace permeable. ¿Puede la tolerancia y el respeto mutuo ser sostenido solo sobre la base de un arreglo político formal?

Este libro defenderá la legitimidad, para los creyentes, de una lealtad compartida. Una fidelidad profunda a las convicciones últimas, esas que definen quiénes somos y que son fundamentales para modelar nuestras identidades y, al mismo tiempo, una receptividad abierta y clara a las diferencias y una lealtad explícita al pluralismo. ¿Cómo puede un cristiano permanecer fiel a su fe y mantener un compromiso claro con el respeto de la libertad y la igualdad?

También este texto indagará en el rol público de la fe cristiana: ¿Cómo puede la teología cristiana ofrecer algún sentido de una esperanza más amplia y fundamental para el mundo sin hacerse hegemónica? ¿Cómo pueden los cristianos ofrecer una distintiva orientación cristiana a los debates sociales y políticos, al tiempo que mantienen su compromiso con la libertad, la igualdad y el respeto mutuo? ¿Cómo puede la Iglesia Católica encontrar su propia voz dentro de los logros de la modernidad sin renunciar a su propia naturaleza política y pública? Mientras la fe cristiana debe estar consciente de que la fe en Jesucristo no es un asunto privado, también debe estar consciente de que cualquier papel público de la religión tiene que evitar todo tipo de control sobre los asuntos públicos.

Se propone en este libro no solo que la religión –y en particular el cristianismo– puede jugar un legítimo rol en la esfera pública de una democracia liberal, sino que los argumentos religiosos pueden contribuir a la construcción de una noción común de bienes y fines compartidos, manteniendo un claro compromiso con la libertad, la igualdad y el respeto mutuo. Nuestro propósito es explorar en la relación entre fe cristiana y liberalismo como la moralidad pública dominante en la modernidad. Al explorar la naturaleza de esta relación esperamos poder ofrecer algunos fundamentos morales y teológicos capaces de sustentar una teología pública para un mundo plural.

Asumiendo que la historia ha probado que la separación Iglesia/Estado ha resultado beneficiosa para ambos, sostendré que dividir religión de política es algo mucho más complicado. De hecho, la relación entre religión y política es algo más complejo que la división entre lo público y lo privado. Veremos cómo ciertos aspectos cruciales de la vida humana resultan frecuentemente removidos de la vida pública por algunas aproximaciones al liberalismo político.

La fe cristiana es en su naturaleza misma pública y política, pero debe ser capaz de presentar sus convicciones de una manera accesible a todos los seres humanos. La religión debe encontrar su lugar en una sociedad compuesta por ciudadanos libres e iguales. Así, en este contexto, la pregunta no será solo por el modo cómo construir una teología para una vida pública pluralista, sino también cómo ofrecer una renovada versión del liberalismo no necesariamente fundada sobre la base de la neutralidad, el secularismo y un formalismo procedimental-contractual. ¿Cómo podemos recuperar el fondo histórico, social y ético de las sociedades occidentales sin comprometer la libertad y la igualdad? Una cultura democrática y plural, para ser

consistente con sus propios principios, debiera ser capaz de aceptar la libertad religiosa como parte de su definición.

Tres capítulos comprenden este libro. El primero, *Religión en un Mundo Plural*, explora el desafío que el liberalismo secular representa para la fe cristiana. Acá se intentará delinear la tensión que aparece entre la tendencia liberal hacia la privatización de la religión y lo que llamo en este trabajo el carácter irreduciblemente político de la fe cristiana. Miraremos la filosofía del último John Rawls, uno de los exponentes más relevantes del liberalismo y considerado por muchos como un clásico, para conocer las consecuencias que esta moral tiene para el rol público de la religión. A su turno, las teologías de Johann Baptist Metz y Jürgen Moltmann nos ayudarán a definir la naturaleza política del cristianismo. La penúltima sección de este capítulo examina la relación entre convicciones religiosas y razones políticas. La sección final ofrece una evaluación de la noción de secularización de modo de situar este libro en un contexto un poco más amplio.

Una vez descrita la naturaleza del dilema que se produce entre la privatización de la religión y el *ethos* público del cristianismo, exploraré la filosofía de Charles Taylor. Al hacerlo, espero ofrecer una concepción revisada del liberalismo capaz de evitar la privatización de la religión y de ser más hospitalaria a la contribución de las comunidades de fe (y otras concepciones simbólicas, estéticas y éticas en general) en su tarea de darle forma a la identidad de las sociedades democráticas modernas. Me parece que el pensamiento de Taylor puede ofrecer una tercera vía situada entre el comunitarismo y el liberalismo formal, una vía capaz de recuperar algunos de los aspectos más significativos de los compromisos liberales y, sin embargo capaz de recoger una aproximación más rica, completa y comprehensiva a la actividad humana. Una visión más comprehensiva de la vida moral puede otorgar mayor espacio a la contribución de las comunidades religiosas a la conversación pública.

Finalmente, luego de haber intentado probar que la religión –y en particular la fe cristiana– puede jugar un rol público/político legítimo en las sociedades modernas, volveré al carácter irreduciblemente político del cristianismo. Esta vez, no obstante, con el fin de demostrar que la fe cristiana probablemente ofrece su mejor contribución a la vida moderna anunciando una esperanza apocalíptica. Veremos que la naturaleza política de la esperanza no radica en un contenido particular y concreto, sino en la expectación escatológica inminente que hace del discipulado algo urgente. El contraste entre las promesas divinas-bíblicas-escatológicas y la realidad de las víctimas de la historia le otorga a la Iglesia un rol público crucial por medio del anuncio de la esperanza.

Al argumentar por el rol público/político de las comunidades religiosas y de la fe cristiana, hay una importante distinción que aclarar. Los conceptos “público” y “político” referirán a la misma realidad, a menos que algo distinto se señale. Ellos serán tratados como sinónimos de “esfera pública” (plaza, dominio, ámbito) y harán referencia a la sociedad civil y nunca al nivel del Estado o del gobierno. Como veremos en la última sección del segundo capítulo, la sociedad civil será definida como una red de asociaciones que, siendo independientes del Estado y yendo más allá del gobierno, son influyentes en la elaboración de políticas públicas. Esta distinción se vincula

con otra importante distinción presente en este libro: mientras afirmo que la necesidad de defender el principio de la separación total entre la Iglesia y el Estado, veremos que separar política de religión parece no ser posible.

Notas:

1. La expresión original usada aquí es "*core identity*". Con ella me refiero al núcleo de la identidad de un sujeto. Aquello que finalmente define quién es y que no está dispuesto a negociar. Son esas lealtades básicas que nos sitúan socialmente.